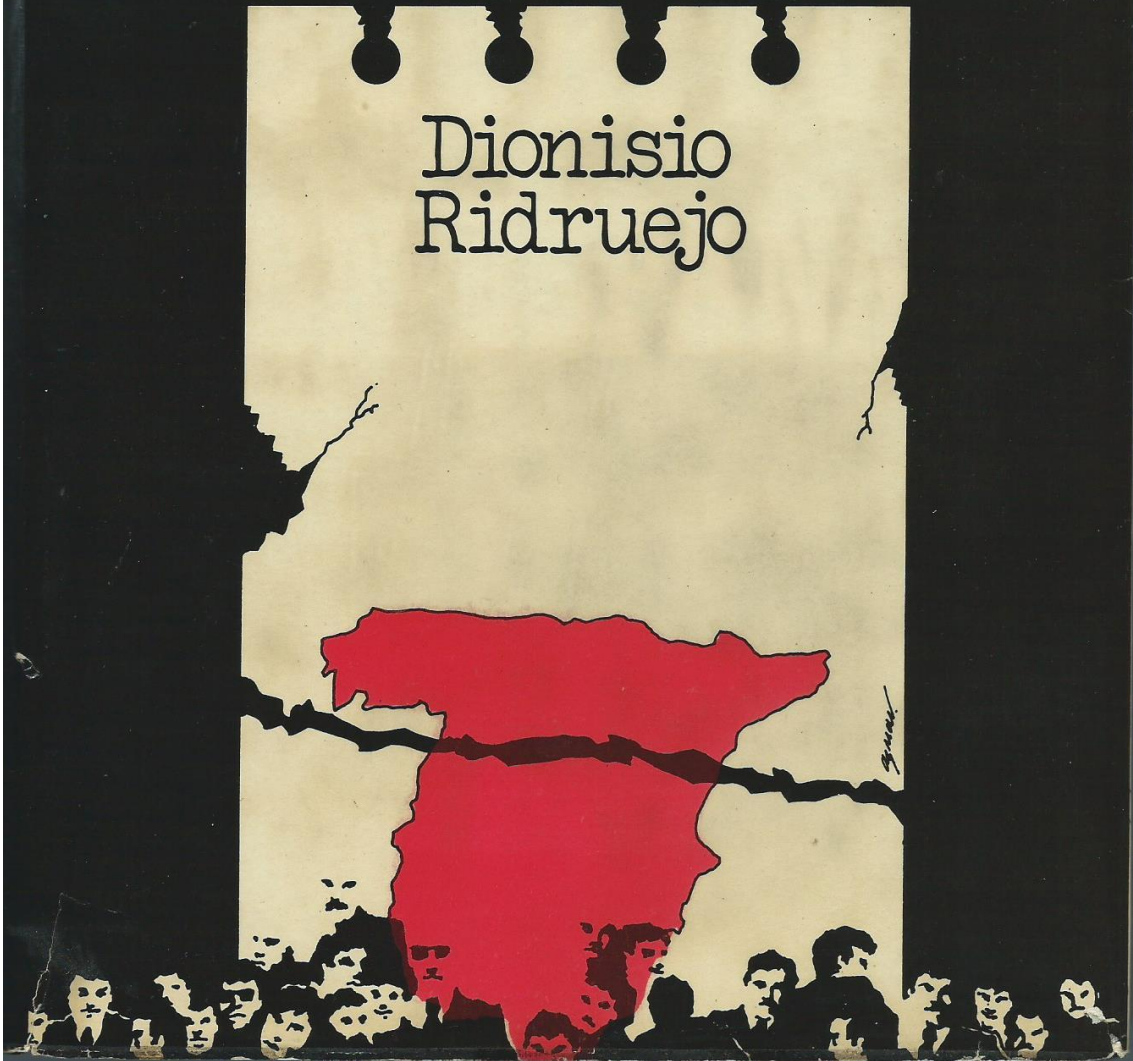


ESCRITO EN ESPAÑA

Dionisio
Ridruejo



INDICE

Prólogo de Ramón Serrano Súñer
Segunda edición corregida
Explicaciones

PRIMERA PARTE

LA CONSTITUCIÓN DE UN DESIERTO

Una imagen superficial
Del presente al pasado
Condiciones de estructura
Para que el nacido de la raza se ponga en movimiento
La historia de la República
Política en guerra
Condiciones del régimen
Terror y nuevas clases
Corrupción y más clases aún
Paternalismo social
La situación ante la guerra mundial
El fin de la guerra
Calma y reflexión
Tres o cuatro intentos de reforma
Disolución del Movimiento Nacional
Desierto consumado y clima de disgusto

SEGUNDA PARTE

EL REVES DEL TAPIZ

Alcance de una metáfora
Los problemas
Primera vista al problema de los grupos políticos
El problema militar
El problema religioso
El problema intelectual
El problema regional
El problema económico y social
El problema sindical
Desierto superficial
Informe sobre la juventud
El testimonio artístico
El clero joven
Los jóvenes y sus mayores

TERCERA PARTE
CAMINOS DE SALIDA

Espejismo y realidad
Recurrencias
Fuerzas en oposición. La izquierda
La derecha
Los grupos nuevos
La guerra civil, problema de la oposición
El miedo a los otros
Factores de necesidad
Desajuste táctico
Cálculo de las resistencias
El problema monárquico
El planteamiento general

CUARTA PARTE
LAS ALTERNATIVAS

Del dilema a la alternativa
La idea democrática
La contradicción social
La contradicción internacional
Las dos vías
La alternativa como hecho
El comunismo
El fascismo
La guerra y sus consecuencias
La democracia renovada
La interacción en la alternativa
La Europa probable
La presencia del “otro” mundo
España en cuestión
Conclusiones

PRÓLOGO

Dar noticia anticipada al lector de los propósitos o contenido de un libro, que parece ser la función propia de un prólogo, resulta especialmente difícil –al menos para mí– en este caso por la extraordinaria riqueza de ideas que éste contiene; al revés de lo que alguna vez ocurre con otros libros donde la dificultad para la introducción, el comentario o el elogio está en encontrar algunas.

Cualquier lector inteligente se hará cargo de esa dificultad cuando se adentra en las páginas de este libro, en medio de la apretada corriente de pensamiento que encontrará en él. Ya Dionisio Ridruejo lo comprendía así y siempre estuvo con el proyecto de rescribirlo, dándole un desarrollo mayor sistematizado en dos volúmenes; siento morir, me decía un día, con este motivo, por dejar inacabadas tantas cosas como tengo empezadas.

Este es un libro donde la madurez ha desplazado ya al jovenzuelo fervoroso que se soñaba reformador del mundo, como él había dicho de sí mismo. Ahora está aquí el hombre responsable que empujado por la desilusión al ver frustradas su ideología y esperanza juvenil pasa a la oposición, pero nunca para instalarse confortablemente en ella, a la manera cómoda practicada con éxito por otros –y en ocasiones casi bendecida oficialmente–, sino desde la cárcel, el destierro, físico y moral, y la estrechez. Tampoco pasó nunca de una postura política a otra con la menor sombra de resentimiento o de rencor. Ni, contrariamente a lo que se dijo (con la incorregible ligereza y mezquindad de algunas gentes de este país, donde la mentira y la calumnia son empleadas a la medida de su ambición, de sus pasiones o de su megalomanía), negó su pasado ni se afilió a ningún movimiento antisolidario o violento. Dionisio Ridruejo tuvo, por el contrario, una consecuencia política esencial, más bien templada la tensión radical de su juventud por los años y la experiencia; tensión de aquel tiempo en que ara él ser falangista consistía en un proyecto revolucionario de transformación radical y profunda de la sociedad española, apoyada en la idea de una sindicación de la economía.

Así pues, Ridruejo, que acreditó su valentía y su responsabilidad como jefe de la Falange de Valladolid –como el doctor Narciso Perales recuerda en un trabajo reciente– y su capacidad y competencia como miembro de la Junta Política y director general de Propaganda, se retiró de su anterior actividad política al tener la certeza de que el verdadero propósito falangista había sido abandonado por la burocracia del régimen que lo había suplantando. La Falange ya no sería la vía recta para el establecimiento de la nueva estructura social y política del país que José Antonio postulara, y Dionisio se fue a buscar esos objetivos por otros caminos; pero aspirando siempre a la armonía y a la integración de los españoles por las vías de una convivencia social lejos de toda violencia. En esta idea fue promotor de la Unión Social Demócrata atento especialmente a estimular y hacer posible la convivencia entre los españoles y cerrar el camino al comunismo, del que su pensamiento y su humanismo estuvieron tan alejados.

Ridruejo estuvo siempre en comunicación para realizar su proyecto político con un grupo intelectual integrado por Maravall, Tovar, Laín, Torrente Ballester, Garagorri, Prados Arrarte, Chueca, Uría, etc., entre otros, lo que como el profesor Aranguren ha escrito recordaba el proyecto de Ortega durante la República.

«Escrito en España» es uno de los pocos libros políticos pensados con seriedad y honradez en estos últimos años, en el que se analizan serenamente y del modo más natural y sincero problemas y actitudes, con desinterés y abnegación, con respetabilidad, lejos de la vanidad, la ligereza, la adulación y el sectarismo al uso. Un libro que, según palabras del autor, aspiraba a valer por un análisis objetivo sin dejar de ser un testimonio y hasta en alguna medida una confesión personal. Al margen de engallados empecinamientos, para él «la consecuencia verdadera consiste en acuerdo honrado de conformar críticamente la creencia con la verdad. La otra consecuencia del que se pretende infalible me deja sin frío ni calor y con frecuencia me repugna». Cuando ha sido interrogado por el suceso concreto que determinara su cambio de actitud él ha respondido: «Hay veinte años de libertad íntima e independencia práctica –algunos de ellos en retiro y soledad benéficos o lejos de España- durante los cuales, además. Han sucedido en el mundo innumerables acontecimientos aleccionadores».

Valgan estas consideraciones generales y personales para dar a lleno, repito, de ideas y reflexiones que sólo apuntarlas a manera de índice obligaría a llenar muchas páginas en relación con los problemas españoles de un pasado todavía próximo de un futuro –cuando Ridruejo escribía- que hoy es ya presente. Me referiré concretamente a algunas de especial significación; la falta de una clase social que fuera al mismo tiempo clase económica, liberal e ilustrada como ha existido en otros países europeos. El maximalismo doctrinal derechista. La réplica del mundo del trabajo espoleado por los factores de subdesarrollo y por el talante extremista de la raza. El crecimiento de la España real, que fue un intento que desde el Gobierno ensayaron políticos sinceros en sus programas renovadores, como ocurrió especialmente con el gran Canalejas y también con Maura, pero que fueron eliminados, política o violentamente, con lo que el crecimiento – incontenible- se fue produciendo al margen del sistema. Para señalar luego cómo el general Primo de Rivera desarrolló su política por la vía de las realizaciones materiales y sólo tardíamente se decidió a crear «una especie de movimiento fascista, sin aliños estéticos, con la masa neutra bien pensante y honrada de las provincias, y sugerir algo parecido al cooperativismo, en lugar de estimular la institucionalización hacia el poder de las fuerzas que –esto es lo curioso- no había ignorado. La suerte melancólica del dictador, cuando triste y envejecido descendió del Poder y se alejó de España, dio fe de su honradez y buena intención. Cuando aconteció a su caída dio fe del error de su experimento».

Luego se refiere el libro a la República, que no supo conquistar las clases ascendentes y actuó por criterios de puro apriorismo ideológico, más sobre el papel que sobre el país real, elaborando una constitución doctrinaria. Lección ésta, pienso yo, que siempre, y especialmente en estos momentos, deberíamos tener presente. «Una constitución “a priori” sólo puede ser útil si se limita a la descripción formal de la organización del Estado. A la definición del límite de sus poderes, a la enunciación de

los derechos y garantías de los ciudadanos, los grupos y las instituciones, a la descripción general del sistema representativo y otras cosas análogas. Si a esto se le quiere añadir el contenido que suele ser propio de los programas de Gobierno –y por lo tanto de los programas de partido- se pondrá en peligro su fuerza normativa, que depende de su general aceptación, y se dejará abierta la puerta a un revisionismo que puede acabar por arrastrar consigo a todo el sistema.»

Una constitución por sí sola nunca hará el milagro de dar a un régimen una base social estable; ni siquiera en las dictaduras en las que, al menos por apariencia, se busca darles una base popular.

Encontrará el lector en este libro reflexiones muy agudas sobre el período republicano. El fanatismo irracional de Largo Caballero frente a la postura inteligente, al valor y al temperamento político de Indalecio Prieto, puesto de manifiesto en discursos actitudes que aquí se recogen y subrayan. La iglesia perseguida por la República y luego implicada, en términos no siempre prudentes, en el sistema del nuevo Estado. La táctica de José Antonio para la conquista del Estado y la realización de una revolución social que consideraba ineludible, y a la inutilidad del triunfo de las derechas por no sacar de él más que consecuencias egoístas «mientras el Parlamento sesteaba». El crimen del que fue víctima Calvo Sotelo, ante el que el Gobierno no reaccionó, que no sirvió, como los extremistas de izquierda pensaban, para detener la conspiración, sino para acelerarla. En lugar de la palabra, de la razón, de la negociación, se entroniza por todas partes de violencia, el tiroteo que había de desembocar en la guerra civil. Ante situación tan grave, José Antonio, venciendo su resistencia anterior, participó en la conspiración en 1936 con la esperanza de que un golpe de Estado contra aquel proceso de disolución, pero al no triunfar aquella tentativa pensó que la guerra civil, con todos sus horrores y su capacidad de destrucción, debía evitarse a todo trance y se ofreció al Gobierno para intentar una mediación; y temió que el falangismo se convirtiera en guardia de asalto de la reacción.

Se examina también en este libro la situación que dio lugar al Decreto de Unificación en abril de 1937. Tema éste sobre el que yo podría extenderme con amplitud. Por su parte, señala el hecho de la entrega colectiva de los españoles a la dispensa de responsabilidad personal, sin que tuvieran las organizaciones políticas, en el aparato provisional del Gobierno constituido, participación ni representación válida en él, y manejado en ocasiones por personajes improvisados que en algunos casos costaba creer en la posibilidad de su ascensión sin remontarse a singularísimos, infrahumanos antecedentes históricos. Hoy en el libro una referencia de la época en que teníamos –él y yo- una relación polémica y poco amistosa, que ninguna persona recta y enterada podrá destruir, al presentarme a mí como hombre de Franco, «pero que tenía, sin embargo, más vocación de hombre de Estado que de servidor de un Poder personal y que sufría por otra parte la presión de la zona más insatisfecha de la “base política” y que sin llegar nunca a una verdadera identificación con ella se hacía cargo (me hacía) de la necesidad de darle una proyección hacia el Poder como único modo de sustituir un arbitrio por un sistema y conquistar la autonomía del Poder civil».

Durante muchos años la discrepancia fue considerada como traición y éste fue el trato que, toscamente, se le concedió a Ridruejo desde la iniciación de su nueva postura; la alternativa que durante tantos años se sostuvo desde el Poder de que no había sitio en España más que para «lo establecido» o para el comunismo, era, a su juicio –y en la realidad-, falsa; y si de ella se benefició el régimen en un dilatado período, también se benefició positivamente el comunismo que se extendió en la clandestinidad, con la protección de la Unión Soviética, siendo prácticamente la única organización política eficiente, ocupando el terreno que la falta de otras le dejaba libre y haciendo así difícil un cambio gradual y progresivo hacia un futuro que de otra manera habría sido posible preparar con cierto orden.

También desde hace mucho tiempo vengo pensando yo, y en la medida de lo posible escribiendo, que abandonada, por falsa, aquella alternativa, y dando a los españoles la posibilidad de organizarse para su participación y su responsabilidad en las tareas públicas, podría llegarse a una situación racional, realista y negociadora, lejos del radicalismo disolvente de la extrema izquierda y del egoísmo de las camarillas derechistas; situación ésta en la que el Ejército, brazo armado de la Patria, fuera, sin parcialidades políticas, «defensor de lo permanente», conservando su pureza profesional y su instinto moralizador.

RAMÓN SERRANO SUÑER

Madrid, 13 marzo 1976.